«El que se suicida, agrega el Dr. Descuret, da siempre pruebas de cobardía moral, pues le falta la paciencia, y la paciencia es el valor que sabe sufrir y esperar.»[1]

No hay en el orden moral un espectáculo más sublime que el de un gran dolor soportado con heroica resignación. Podrá el hombre acometer grandes empresas; podrá exponerse á grandes peligros por la honra de la patria ó para salvar la vida de un hombre; podrá escalar impávido formidables reductos en medio de las balas enemigas. Pero este heroísmo no será más que una revelación imperfecta de la fuerza moral, porque la gloria que resulta de tan altos hechos es un estímulo poderoso para animarle al sacrificio de la vida. Mas, cuando un hombre padece los rigores de un dolor obscuro y prolongado; cuando se resigna á sufrir la deshonra, siéndole fácil una ruidosa venganza; cuando es víctima de persecuciones injustas, sin perder la tranquilidad de su espíritu; cuando ve perdido en un momento el fruto de largos años de trabajo, y cae sin murmurar desde las alturas de la fortuna á las humillaciones de la miseria, entonces sí que se manifiesta en toda su grandeza el temple vigoroso de las almas; entonces sí que podría decir con toda verdad como un ilustre proscripto: «Gracias á mi infortunio, se me podrá juzgar exactamente»; entonces sí que podrá escribirse sobre la tumba de tales hombres aquella célebre frase de los antiguos romanos: «*Hic jacet vir:* aquí yace un hombre». Sí, porque como dice el Sabio: *El hombre paciente vale más que el valiente; y el que sabe dominar las borrascas de su alma, es más fuerte que el que toma por asalto las más poderosas ciudadelas*[2]. Y Séneca tenía sobrada razón al decir que la tierra no puede ofrecer al cielo un espectáculo más hermoso que el del justo luchando con la adversidad.

[1] La médecine des passions. [2] Prov. 16, 32.

«He visto, dice un escritor, muchas maravillas desde las cimas de los Alpes hasta los bosques de Sorrento; he contemplado el Coliseo desde la cúpula que Miguel Ángel hizo llegar hasta las nubes; he pasado meditando largos ratos ante la iglesia de San Marcos en Venecia; pero hubiera preferido contemplar otras maravillas, á saber, el sereno y tranquilo semblante de Silvio Pellico en las bóvedas de Spielberg, ó mejor aún, á San Pablo abrazando á San Pedro al despedirse para ir al patíbulo.»

Esta supuesta grandeza de alma con que se ha pretendido enaltecer el homicidio personal era una idea dominante en la antigüedad pagana; y esta falsa convicción había producido un gran número de víctimas. En medio de aquella gran perversión de las ideas, San Agustín levanta su voz poderosa para restablecer en las almas el amor á la vida, refutando victoriosamente la doctrina del suicidio: «Examinando, dice, las cosas á la luz de la razón, es injusto llamar grandeza de alma á esa debilidad que hace al hombre impotente para soportar su propio mal ó los males ajenos. Nada revela mejor un alma sin energía que el no poder resignarse á la esclavitud y á las locuras de la opinión. Hay más fortaleza en soportar una vida miserable que en huir de ella; y los dictados de la opinión, sobre todo de la opinión vulgar, no deben prevalecer jamás sobre las puras claridades de la conciencia... Se cita á Catón, que se dió la muerte en Útica. Se olvida, sin embargo, que sus propios amigos, hombres tan ilustrados como él, se esforzaron por disuadirlo del suicidio, porque en esta resolución veían más debilidad que fuerza de ánimo. El mismo Catón se desmintió por el consejo dado al morir á su hijo muy amado. Si, en efecto, era vergonzoso vivir bajo la dominación de César, ¿por qué el padre aconseja al hijo someterse á esta vergüenza, recomendándole que lo espere todo de la clemencia del vencedor? ¿por qué no

obligarle á pensar con él? — No quieren nuestros adversarios que demos nuestra admiración al santo Job, que prefirió soportar los más crueles dolores en su carne antes que renunciar á la vida. Pues bien, tomemos en sus propios libros el ejemplo de Régulo, el cual, vencido después de haber sido vencedor, quiso más bien resignarse á la cautividad antes que ser asesino de sí mismo. Inquebrantable en soportar el yugo de Cartago y en su fidelidad á Roma, no consintió en arrebatar su cuerpo vencido á los enemigos y á Roma su corazón invencible.» [1]

Terminaremos este punto con la opinión de un hombre en quien se reunieron en el más alto grado la grandeza del valor y la grandeza de los infortunios. Napoleón I., en el cercano ocaso de su vida y en medio de los rigores de su solitaria cautividad, se expresaba en estos términos: «He reconocido la verdad de la máxima que dice que el hombre manifiesta más valor soportando las calamidades y resistiendo á las desgracias, que poniendo fin á sus días. Matarse es la acción de un jugador que lo ha perdido todo, y la de un pródigo arruinado. Vuestro gobierno se engaña si se imagina que, teniéndome aquí desterrado, y privándome de toda comunicación, aun con mis parientes más próximos, de manera que ignoro si existe alguna persona de mi sangre, y aislándome del mundo é imponiéndome restricciones vejatorias é inútiles, que se hacen día á día más rigorosas; se engaña, digo, si cree fatigar mi paciencia y lanzarme á cometer un suicidio.» [2]

IV.

Suele oponerse también en favor de la justificación del suicidio, la consideración de que hay circunstancias en que

[1] La *Ciudad de Dios.*

[2] *Montholón,* Historia de la Cautividad en Santa Elena.

la vida llega á ser insoportable por las desgracias y contratiempos.

Es fácil persuadirse que esta objeción carece de solidez. Y en efecto, la fe y la experiencia nos enseñan que los infortunios, por grandes que sean, son soportables con un poco de virtud. La fe nos dice por San Pablo que Dios no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas [1]; y que todo puede sobrellevarse con la gracia de Dios: *Omnia possum in eo, qui me confortat* [2]. No hay en la vida dolores tan desesperados que no se suavicen con los consuelos de la fe y con las claridades de la esperanza. Para soportar resignadamente las penas de la vida basta ser cristiano; basta ser cristiano con esa fe profunda, con esa firme esperanza y con esa caridad generosa que caracterizaban á la antigua sociedad y que van faltando en la nuestra. El ejemplo de Aquel que, siendo Dios, ha querido participar de todas nuestras penas para animarnos á soportarlas, basta para acallar los gemidos del cristiano y fortalecerlo en el día de la prueba. Por intensos que sean sus dolores, nunca podrán igualarse á los de Jesucristo, que quiso salvar por medio del dolor á la humanidad que perecía en brazos del sensualismo. De sus llagas divinas mana un vino generoso capaz de fortalecer á todos los que padecen. El cristiano no está solo en sus padecimientos; Jesucristo lo acompaña con el vivo recuerdo de sus penas y tiene consigo la santa unción que derrama en los corazones afligidos la mano de Aquel que llamó bienaventurados á los que sufren.

Nunca el sufrimiento será tan acerbo si hay en el fondo del corazón un resto de esperanza; y el cristiano no pierde jamás este tesoro de los que lloran. Por muy obscuro que se le presente el firmamento, siempre verá aparecer en el

[1] 1 Cor. 10, 13. [2] Phil. 4, 13.

horizonte el iris de la esperanza; porque siempre puede decir, levantando los ojos al cielo: un día llegará en que tendrán término todas mis penas, y siempre, aun en lo más hondo del padecimiento, podrá decir con el Profeta: *Dios es nuestro refugio y fortaleza; nuestro defensor en las tribulaciones que nos acosan. Por eso no temeremos, aunque se conmueva la tierra y sean trasladados los montes al medio del mar*[1]. «Los hombres se contentan con admirar al justo que sabe sufrir, pues Dios, que es su sostén, será también su corona. Cuando la flecha del sufrimiento viene á herir el corazón del cristiano, su primer movimiento puede ser muy bien arrancarla y gemir; pero muy pronto, haciendo su herida meritoria, bendice la mano divina que le hiere, y en reconocimiento se inclina humildemente para besarla.»[2]

El justo encontrará también en su propia conciencia un refugio contra la adversidad. Aunque sea calumniado y oprimido por la injusticia de los hombres, y se vea abandonado de sus amigos y burlado en sus más legítimas esperanzas, siempre hallará en el testimonio de su conciencia un áncora que lo pondrá á salvo de la tempestad y lo librará de los horrores de la desesperación. Saber que Dios nos bendice, mientras los hombres nos calumnian y persiguen; saber que estas injusticias tendrán algún día reparación cumplida en el reino de la justicia incorruptible, es una consideración suficiente para consolarnos de todos los dolores y alentarnos en todos nuestros sacrificios. Este fué el consuelo de todos los justos perseguidos, de todos los mártires, de todos los héroes.

«La conciencia, dice el Dr. Dufieux, es la ley eterna de la verdad y de la justicia; es Dios con nosotros. Ella es nuestra brújula moral, el primer regulador de los sufri-

[1] Ps. 45, 2. 3. [2] Souvenirs d'un ancien médecin.

mientos ó de la felicidad y á la vez el acusador más severo y el juez más inexorable.»[1]

La experiencia se une á la fe para afirmar que no hay en la vida dolores insoportables. Ella nos enseña, en verdad, que ha habido en todos los tiempos y en todas las condiciones de la sociedad almas que han sufrido dolores inenarrables en el cuerpo y en el espíritu, y que no han necesitado acudir al suicidio para libertarse de ellos. Desde Job, sentado en un muladar de podredumbre, hasta Sócrates bebiendo la cicuta; desde Belisario, ciego y mendigando el pan en las calles de Bizancio, hasta Cristóbal Colón volviendo encadenado del Nuevo Mundo que había descubierto, y hasta Napoleón, confinado en una roca solitaria en el último lustro de su vida, hay innumerables víctimas de la desgracia que han podido vivir llevando á cuestas la cruz de sus padecimientos. Y lo que han podido hacer estos grandes hombres y muchos que esconden en la soledad sus penas, ¿no podrán hacerlo los demás, no podrá hacerlo el hombre que se mata por un desengaño, por una injuria, por los quebrantos de su fortuna, por vanidad ó por otros motivos pasajeros? Si Dios nos envía sufrimientos, será porque los hemos merecido. «Bajo el Dueño justo á quien servimos, no hay, dice San Agustín, aflicción que no tenga su principio, ó en su justicia que nos castiga por nuestros pecados, aun los más secretos, ó en su misericordia que previene las faltas en que podríamos caer. No hay una sola desgracia que no sea ó un justo castigo, ó una prueba saludable.»

V.

Veamos ahora cuáles son las causas y cuáles pueden ser los remedios de esta enfermedad social, que va siendo endémica en nuestro siglo.

[1] Nature et virginité.

Hay épocas, decíamos al comenzar esta instrucción, tristemente privilegiadas en que el suicidio se multiplica en proporciones formidables. Si el dolor está en todas partes y las pasiones del corazón humano son las mismas en todos los tiempos ¿cómo se explica que las mismas causas no produzcan los mismos efectos?

Hay causas que explican esta diferencia; y una de ellas es el medio moral de ideas, de sentimientos, de necesidades y de intereses generales en que nacemos y vivimos; esa atmósfera formada por los principios y creencias en que se inspira la vida inmaterial, cuyas influencias se comunican por la educación, por la conversación, por la lectura, y en fin, por la inevitable participación de cada hombre en la vida general de la humanidad. Si esta atmósfera es sana y pura, se respira la salud; si es viciada y malsana, se respira la fiebre. La lúgubre estadística del suicidio demuestra con hechos irrecusables la realidad de esta gran ley del mundo moral. Esos hechos demuestran que cuando la civilización es tranquila y la vida individual reposada, uniforme, lenta, sin grandes emociones y sin grandes catástrofes, el suicidio es un crimen casi desconocido. Entonces el hombre no entrega su corazón á deseos quiméricos é irrealizables, sino que limita á poco espacio sus ambiciones y no aspira á otra cosa que á vivir en paz, en posesión de los bienes indispensables para la vida.

Al contrario, cuando la civilización es agitada y febril, la vida individual se resiente de esos ardores y nacen ambiciones numerosas, y se producen emulaciones gigantescas, se improvisan fortunas fabulosas que traen consigo catástrofes inauditas; y en ese conflicto de esperanzas y decepciones colosales, el suicidio entra en esa furiosa batalla de la vida, como el recurso natural de los que naufragan ó caen aplastados bajo la voluble rueda de la fortuna.

Pero la muerte voluntaria no es solamente el efecto de las agitaciones febriles de una sociedad atormentada por la fiebre de los intereses materiales: puede ser también el resultado de un dogma religioso, ó de un sistema filosófico, y aun de una moda poética y literaria. Esto se comprueba siguiendo la triste historia del suicidio á través de las diferentes edades de la humanidad. El suicidio ha sido considerado como un acto de virtud y de religión en todos los pueblos que han admitido la doctrina del panteísmo, de la emanación de los seres y de la transmigración de las almas. La mitología asignaba como mansión un lugar de delicias á los que se inmolaban á sí mismos, y un antro subterráneo, lleno de animales venenosos, á los que morían de enfermedad ó decrepitud. En la India era un acto de religión precipitarse bajo las ruedas del carro sagrado de uno de sus ídolos; en el Japón se veneraba como mártires á los que se daban la muerte; y en la China se ha visto á más de quinientos discípulos de Confucio suicidarse á la vez como un homenaje de piedad para con los dioses.

Se comprende, en vista de tales doctrinas, que el suicidio haya sido en esas comarcas un hecho común y ordinario.

En Grecia y Roma, el suicidio no fué un dogma religioso, sino un sistema filosófico y político. Aunque en estos pueblos de adelantada civilización se oyó una que otra voz que condenó el suicidio, la generalidad de los filósofos lo aceptó como un acto lícito en nombre de la filosofía. La escuela cínica produjo á Diógenes, que terminó por el suicidio una existencia extravagante; y los filósofos de Cirene produjeron en Grecia una apología doctrinal del suicidio, que se resumía en esta máxima: «La vida no es un bien sino para el insensato; el sabio no experimenta por ella más que indiferencia, y la muerte le parece apetecible.»

En Roma pretendió Séneca establecer el supuesto derecho del hombre sobre sí mismo, y sostuvo que éste puede